pureza. Ya recorre el Eden de las divinas promesas, y aun cuando todavía no sea sino un extraño á quien se admite por favor en aquel jardin delicioso, mañana le hará posesor de él otro nuevo favor que solemnemente se le asegura; entonces será el hijo del amo, todo para él florecerá y germinará, todos le cantarán alabanzas. Aquellos amigos que allí encuentra serán mañana sus hermanos; irá, penetrado de amor y de agradecimiento y cubierto de la divina púrpura, á sentarse al banquete paternal con ellos. ¡Cuánto me era grata esta esperanza, y de cuántas nuevas bellezas encantaban mis ojos Roma y los objetos que allí veia! En aquellas iglesia á las cuales ibamos á orar, ya no era yo una constante y animada blasfemia; habíame desprendido de la estúpida insolencia de mi soberbia, y mil objetos, mudos y muertos hasta entonces, comenzaban á hablarme allí con la mayor ternura.

Despertábase en mí un sentido ignorado hasta entonces que me hacia respirar en medio de los templos, no sé qué preciosos perfumes, exhalados por invisibles flores, y que daba al silencio de aquellos lugares voces confusas, sí, pero en tal extremo melodiosas, que jamás música del medio dia escuchada bajo la grata sombra de los árboles, ni sonoras cuerdas de lira con la mayor destreza pulsadas, ni inspirados acentos de la poesía y de la elocuencia, me habrian con extremo tal encantado. Parecìame que las imágenes de los santos me seguian con

una fraternal mirada; à veces quedábame contemplando la cruz, como si en todos los dias de mi vida la hubiese visto, y á decir verdad, nunca antes la habia visto del modo que en aquella sazon la viera, ques hacia latir mi corazon, estaba resplandeciente de prodigios, elevábase, aumentábase y desaparecia en el cielo á mis ojos anegados en lágrimas.

Comprendia mejor á mis amigos, y por esta razon mas les amaba; ya no se me venia á la mente la idea de dudar de virtudes que consideraba posibles á la flaqueza humana desde que camencé á saber qué era lo que las servia de salvaguardia. Mi indignidad cesó de serme insoportable luego que tuve la esperanza y la santa impaciencia de verme libre de ella. Un monje que pasase por la calle, por medio de su simple aspecto iluminaba mi ánimo con una repentina inteligencia y mil cosas que no habia podido concebir inmediatamente las comprendia. Cuando me hallaba delante de cuadros que representaban asuntos piadosos, deleitábame contemplando aquella amabilísima sonrisa con que acarician al espectador los ángeles y los santos que estaban pintados en el lienzo, y decíales en mi alma: Mañana habré de volver á veros, y entonces á un hermano vuestro se dirigiràn vuestras sonrisas. Llenábanme de noble ufanía todas las glorias de la religion y de la Iglesia, y en la aureola de los santos, en las cicatrices de los mártires y en el madero y los clavos de la cruz, encontraba vínculos de fami-

lia, y conocia que nunca volaria mi alma á bastante altura para poder abrazar con mis ojos el horizonte de los esplendores que iba Dios á prodigarme.

En fin, fuéme dado acabar de hacer la lenta y penosa, pero sincera revelacion ante la cual habia retrocedido por espacio de tanto tiempo. Habia dado principio á ella con terribles angustias y terminéla en medio de la vivificadora tranquilidad de la esperanza y del arrepentimiento.

De rodillas á los piés del santo religioso que me exhortaba sobre los hechos de mi pasada vida y acerca de la nueva que en lo sucesivo era necesario que pasase, no sentí, ni pesar por los objetos que abandonaba, ni temor alguno para lo venidero. Escuché con oido piadosamente atento las lecciones de la divina sabiduría que iluminaron mi corazon completamente; eché de ver que eran absolutamente posibles todos los actos que me recomendaban practicase, nada ví ya molesto en ellos, ni nada oscuro me proponian; y hasta aquel adorable y facil perdon de tantos errores, explicábamelo por medio de la bondad suprema que no me imponia mas condicion para otorgarlo que la de que me condujese mejor en lo venidero, dándome al mismo tiempo todas las gracias de que para tal fin necesitara. Alimenté la santa confianza de que ya no seria nocivo á mis hermanos, y de que Dios seria misericordioso para conmigo hasta el grado de libertarme, salvando sus almas del

mal que en otro tiempo las ocasionara, haciendo por medio de mi conversion una salutífera advertencia á los que me habian conocido, advertencia de la cual podrian estos aprovecharse y que los demás acaso no desdeñarian.

Abandonado aquel pasado que ya no se encontraba en mis manos, y sacrificando de todo corazon los malos deseos para borrar las acciones culpables, sentí en mí, no ya la vaga voluntad, sino la verdadera resolucion de caminar sinceramente por la senda que se me señalaba, en la cual ya no temia perderme, porque en lugar de seguir mi vana é inútil sabiduría no seguiria sino la de Dios, bajo la vigilancia y el apoyo de la santa Iglesia católica romana que estableciera el Padre de los fieles con el fin de que se encaminasen hácia él todos sus hijos.

Hall bame en el puerto y contemplaba con mirar tranquilo aquel infinito mar de antiguas tentaciones en el cual parecíame que no me volveria á ver acometido por nuevas tormentas.

Sabia cual es el mal: lo que Dios prohibe. Veinticuatro años habia vivido sin saberlo y sin tener la posibilidad de aprenderlo; habìalo llegado á saber para que jamás se me olvidase, y todas mis ilusiones y miserias no eran ya un arcano en el cual mi razon se perdiese.

Contemplaba la posibilidad de que cayesen sobre mí todos los infortunios sin dignarme honrar ni aun con una simple mirada á los que podian mas fundada y próximamente amenazarme. Dios tenia una visible intervencion en

mi vida; yo tenia fe y habíala encontrado con todos los consuelos, con todas las evidencias, con todas las certidumbres donde me habian dicho que la encontraria. "¡Vengan pues, sobre mí, borrascas y desgracias! con ese signo venceré;" decíame yo en mi mente contemplando el crucificado.

Y cuando levantando la mano sobre mi cabeza, el ministro del Señor profirió con grato y grave acento las palabras sacramentales de la misericordia y del perdon, incliném mas de lo que estaba, estremeciéndome de júbilo. Adoré el inesplicable secreto de la clemencia divina y comprendí que me podia perdonar Dios porque sentí que estaba perdonado.

El dia siguiente Gustavo, Adolfo é Isabel, condujéronme, bendiciendo á Dios, al banquete celestial de la reconciliacion. Celebróse esta ceremonia durante la octava de Pascuas, en la santa basílica de Santa María la Mayor. ¡Jesus, Salvador mio, tened conmiseracion, por vuestra grande misericordia, de mí que tan indigno soy de tantas gracias, y de todos aquellos por quienes oré aquel dia!

ALFONSO RATISBONA.

ALFONSO MARIA RATISBONA era un jóven israelita de una posicion elevada, de una brillante educacion, criado en las preocupaciones del judaismo, y animado de un odio violento en contra de la religion católica. Repentinamente este jóven cayó de rodillas en uno de los templos de Roma, pidiendo que se le administrase el santo sacramento del bautismo.

Este prodigioso suceso, que reproduce en la memoria aquel que se consumó en el apóstol de las naciones cuando iba por el camino de Damasco, fué declarado en Roma *verdadero é insigne milagro* por un rescrito de 3 de junio de 1842.

He aquí como este nuevo y fervoroso católico da a saber los pormenores y las circunstancias de aquel prodigio de la gracia.

"Si no hubiese de referiros mas que el hecho de mi conversion, una sola palabra bastara: el santo nombre de *María*; empero se me piden otros hechos; quiérese saber cómo este antiguo hijo de Abrahan encontró la vida, la gracia y la felicidad en Roma. Voy pues, invocando primeramente el auxilio de mi celestial Ma-